

En esto llegaron otros bandidos, y con ellos un comisario de la sesion llamado Violet, que comenzó á gritar: *deteneos, deteneos, no es tiempo aún, ni eso se ha de hacer así*; porque efectivamente se habian dispuesto estas matanzas con otro orden, á fin de poder certificarse del número de las víctimas, y que ninguno se escapase con la confusion; gritaba tambien á los Sacerdotes que volviesen á la iglesia, prometiéndoles que allí estarían en seguridad. Ellos se esforzaban á obedecer; pero los verdugos rabiosos, porque entendian que se les queria quitar la gloria de acabar con ellos, se hacian sordos á las voces del comisario, y rechazando á los que se acogian á la iglesia, tendiéndoles las bayonetas y picas, les hacian retroceder hácia los que venian tras ellos, y otros les hacian fuego de travesía: ni cesaba en el otro extremo de la huerta la carnicería; pero en medio de ella pasó una escena, cuya relacion dexará respirar algo de tantos horrores á la humanidad. Mr. Dutillet se hallaba con otros Sacerdotes arrimado á una pared, quando vino hácia él uno de los asesinos, y deserrajó tres veces contra él la pistola, sin que diese fuego: asombrado el hombre, comenzó á decir: « aquí hay » un Sacerdote invulnerable, yo no me arrojó á dispararle otra » vez: = pues yo, dixo otro, no soy tan delicado, voy á matarlo. = No, repuso el primero, yo lo defiende, que tiene » traza de hombre de bien, » y diciendo esto, se puso delante de él para cubrirlo. Mr. Dutillet, mirado por aquel marselles ya casi como compatriota, vió que estaba en estado de alcanzar el mismo favor para los Sacerdotes que estaban con él, siendo camaradas de aquel verdugo otros que habian acudido, quando salen al frente dos Sacerdotes, y dicen: « nosotros no » pedimos gracia: si son reos nuestros hermanos, nosotros lo » somos como ellos, su Religion es la nuestra, y estamos dispuestos á defenderla con la vida. » Entónces dixeron los verdugos: *mueran, pues que quieren morir*, y al instante los mataron. Mr. Dutillet moderó este zelo en los demas, y aunque obligado á entrar con ellos en la iglesia, allí tambien lo conoció su protector, y lo libró del segundo acto de la matanza.

A fuerza de gritar el comisario pudo lograr que se dexase franca la entrada en la iglesia: los primeros que lo logra-

ron corrieron á postrarse á los pies del altar, y los demas que fueron llegando se colocaron en el presbiterio y en el coro, que está detras del mismo altar, porque á ninguno se permitía quedarse en el cuerpo de ella. Los bandidos, habiendo acabado á tiros con los ancianos que no podian llegar tan á priesa, acudieron á entrar tras de los otros, imaginando siempre que les querian quitar aquel resto de sus víctimas. Alcanzó á impedirles la entrada el comisario, y entónces asomándose á una reja que dá al coro, miraban como leones rabiosos aquella parte de su presa, tendiendo las picas y blandiendo por entre los hierros los sables y lanzas, probando muchas veces á arrancarlos y forzar por allí la entrada. No eran todos de la hez del populacho, porque el acento y lo limado del discurso descubrian entre ellos á algunos hombres finos, á quienes habia entusiasmado para mezclarse con tal canalla y acomodarse á tal oficio el odio contra los Sacerdotes, aprendido en la filosofia de los clubs y en el discipulado de la escuela del dia. Particularmente uno, de quien se diria haber hecho su curso de educacion con Diderot, Hervecio ó Condoreet, decia: « malvados asesinos, monstruos, viles hipócritas, verdaderos enemigos de un pueblo engañado largo tiempo con vuestras lecciones, ya ha llegado por fin el dia de la venganza. Muy lenta seria la espada de la ley para vengar vuestros atentados; á nosotros toca lavar hoy con vuestra sangre la injuria de las naciones, y vengar á los verdaderos amigos de la patria. Estabais consentidos en quitarnos, llevándolo todo á fuego y sangre, nuestras posesiones, saquear y robar nuestras casas, y degollar nuestras mugeres é hijos. Sí, sí, muy lenta vendria para exterminaros la espada de la ley. » A estas razones añadía un torrente de blasfemias, que se dirian copiadas de una coleccion de Voltaire, y vomitándolas, centelleándole los ojos, estremeciéndosele el cuerpo, rechinando los dientes, dando fuertes patadas, extendiendo el brazo con un largo sable, se enfurecia por no poder alcanzar á alguno de aquellos Sacerdotes, que postrados y levantando las manos al cielo, pedian para él misericordia.

A este tiempo quedó todo en un repentino silencio, como en una gran novedad que llamaba á todos la atencion, y era,

que los mismos asesinos que habian herido al Obispo de Beauvais, lo traían con cierto género de compasion y respeto, arrepentidos del caso, y como queriéndolo curar, lo pusieron en una de las camas: su hermano el de Saintes, que no hacia mas que preguntar donde estaba (pidiendo á Dios que no le separase de él) corrió á abrazarlo luego que lo vió, y queriendo hacer con él los últimos oficios del mas estrecho y antiguo amor, lo separaron por fuerza, porque volviendo á encenderse despues de aquella suspension la rabia de los verdugos, arrollaron al comisario, y entrando de tropel en la iglesia, compelidos al altar mayor todos los Sacerdotes, y forzados á levantar los que estaban arrodillados, porque no podia sufrir su impiedad esta postura, iban ya á comenzar de nuevo la carnicería, habiendo afilado los sables y picas en el ara del altar, quando llegando, y juntándose al comisario los xefes de esta matanza, pudieron hacerles entender que no se les quitaban de las manos aquellas víctimas, sino que debian sacrificarlas con el orden y modo que estaba trazado. Suspendiéronse entónces, y allí mismo se les hizo su proceso por los mismos verdugos: preguntaron á todos: ¿habeis hecho el juramento? respondieron, no: uno añadió: hay entre nosotros muchos á quienes no comprehende la ley, porque no son funcionarios públicos: dixeron los verdugos: no importa eso, ó jurar, ó morir todos: pues morir, dixeron ellos, y comenzó la nueva escena, mas sosegada, pero no ménos atroz, con los que quedaban, que eran casi ciento.

El mismo comisario que los habia llamado á la iglesia asegurándoles que no se les haria mal alguno, puso su tribunal en el corredor que salia á la huerta (llamado en adelante el parque de los ciervos) y fué el exercicio de su autoridad hacer desfilar por delante de él las víctimas, tomarles el nombre, y certificarse de que quedaban sacrificadas. Las guardias nacionales, que siendo superiores en numero á los verdugos, les habian dexado el campo libre para el sacrificio que habian hecho tan sin orden, se formaron delante del Santuario para que ninguno se escapase, y otros fueron á guardar las puertas para que no entrase el pueblo á servir de embarazo en la execucion. Los verdugos tomaron su puesto parte en lo alto, parte al pie de la escalera

que baxa á la huerta, y parte iban á escoger y traer de dos en dos las víctimas. Al salir cada par gritaban *viva la nacion*, y dando sobre ellos á esta voz, á unos sacrificaban en lo alto; á otros, precipitándolos por la escalera, los atravesaban quantos podian: luego que espiraban se repetia *viva la nacion*, celebrando la victoria, y á esta señal salían otros dos. Los Sacerdotes desde la iglesia oían la grito, veían ir faltando los compañeros, y en un paso capaz de infundir tanto miedo, no permitió Dios que flaquease ni uno solo: levantábanse luego que les llegaba su vez, unos con aquella serenidad propia de quien está seguro de hallarse en el instante siguiente en su eterna felicidad, otros con la priesa y alegría que da la inocencia convidada por los Angeles á las bodas del Cordero: hubo quienes, no interrumpiendo por eso el oficio divino, salieron con los ojos en su breviario, acabando de pagar á Dios el tributo diario de sus alabanzas debaxo de la espada de los asesinos, y quienes llevaban en la mano la sagrada Escritura, haciendo alarde de las promesas contenidas en ella para los que daban la vida por sus verdades. Algunos con un semblante magestuoso daban una mirada de compasion hácia sus verdugos, y se arrojaban á sus lanzas. Muchos de estos ilustres Confesores, ó en enseñanzas públicas desde las cátedras, ó en doctos comentarios, habian empleado sus ingenios en defender la Religion contra los sofismas de los impíos y los errores de la constitucion pretendida civil del Clero: estos se levantaban dando gracias á Dios de poder confirmar con la efusion de su sangre la verdad de sus doctrinas. Otros en fin, en el momento en que los llamaban, daban la última mirada al Crucifixo, y le decían por última recomendacion: *Señor, perdónalos, que no saben lo que hacen*. Así fueron al suplicio unos hombres á quienes me glorío mucho haber conocido, tratado, y tenido á unos por parientes, á otros por maestros, á otros por amigos, de quienes quiero individualizar aquí algunos, porque todos es imposible.

Mr. Luis Hebert, por su modestia, tierna devocion é inagotable caridad, junta con una rara prudencia, era padre mas que Superior de los Eudistes. Habia comprado él mismo la casa de estos para asilo de los Eclesiásticos en los peligros de la capital. Sacado de la obscuridad, que él amaba, era el exemplo del

Clero, la veneracion de su Congregacion, de la qual fué General, y la confianza del Rey, cuya corte habia huído hasta aquel momento en que necesitaron los Sacerdotes, no la intriga, sino el valor y la piedad para llegarse á ella. Estos eran ya sobrados títulos para merecer el odio de los jacobinos: buscaronlo, y aunque pudo, no quiso burlarse de sus pesquisas dexando el habito clerical: acompañóle su modestia hasta al martirio, y sosegado con ella, baxos los ojos, y sin pronunciar una palabra, cayó á los pies de los verdugos como una oveja delante de quien la degüella. Mr. Luis Menuret, Superior de los venerables Sacerdotes invalidos de la casa de San Francisco de Sales, antiguo Cura de Montlimard, no ménos digno del odio de los impios, firme, de un corazon enemigo de todo disimulo, lleno de la ciencia de su estado, acompañada de una lógica á que no habia resistencia, cuyas preciosas qualidades me lo habian hecho mas estimable que los lazos del parentesco, habia compuesto una obra cuyo título era: *La constitucion pretendida civil del Clero convencida de error y de cisma*, obra así como sin lilonja en el título, así demostrativa de él sin efugio, y lo que vale mas, sostenida por él en su porte, porque llamado como Superior de una casa eclesiástica para hacer el juramento delante de la municipalidad y de sus feligreses, respondió: « Señores: sé lo que puedo concederos, y lo que me obliga á negaros la conciencia: pues que para vosotros nadie puede ser patriota sino jurando conservar la nueva constitucion, haré el juramento, pero con la condicion de que lo insertaréis en los registros, y yo firmaré la resolucion que pongo, que es, exceptuando formalmente quanto en ella se opone á la justicia y á la Religion. » Reclamaron todos á voces; pero él se mantuvo firme, y no se le pudo sacar otra cosa: lo amenazaron, lo calumniaron, le saquearon la casa; pero no lo doblaron. Llevado á los Carmelitas, pareció estar en el lleno de sus deseos, avivando mas su natural festivo la alegría de verse preso, que era tal, que se comunicaba á los demas. Habia previsto bien el paradero de la persecucion, hecho su testamento, y desde entonces parecia un hombre despedido de la tierra, y ya con el pie en el estribo para el cielo; de modo que por él especialmente se puede creer que dió aquel testi-

monio tan glorioso para los Mártires, y tan ageno de sospecha el mismo Violet, comisario que presidió á la execucion, quando á los dos dias despues de ella dixo con un entusiasmo involuntario: « yo me pierdo y me abismo de asombro: no lo entiendo, y quantos se hubiesen hallado allí quedarian igualmente sorprendidos: estos Sacerdotes iban á la muerte con la misma alegría que si fuesen á una boda. »
Mr. Gagneres Desgranges salió á morir con aquel ayre de Patriarca que concilia irresistiblemente la veneracion. Fué muchos años mi maestro, y me llamaba su hijo. ¡Qué extension y variedad de conocimientos! Matemática, física, historia, todo le era familiar. *Es un hombre (escribieron de él) que todo lo ha leído, y nada ha olvidado.* Son estos los hombres que nos quita la revolucion! Él la conoció bien desde su principio, y desde los primeros dias de Enero de 1788 me habia enviado una memoria cuyo objeto era la conducta del ministro Brienne y la de Necker relativamente á la Religion, la debilidad y condescendencia de Luis XVI con estos dos azotes de la Francia, y las desgracias que de ella resultarían á el mismo Rey y á su familia. Habia él deducido estos resultados del orden de la Providencia divina, de la historia de los tres últimos siglos, y de los diversos Príncipes de la Europa. Era imposible hacer de esta memoria el uso que su venerable autor queria, que era insertarla en el Diario eclesiástico: le representé que Brienne era el todo-poderoso del día; que lo mas suave que haria sería suprimir el Diario, y se inutilizaba todo su trabajo, y me respondió así: « ¿no crees tú poder insertar en él esta memoria? Bien, no por eso dexará de verificarse quanto digo, y se cumplirán los designios de Dios. » Y luego con un ayre y tono de Profeta añadió: « ¿ves este niño? (era el primogénito del Rey, entonces bueno y sano) » morirá. « ¿ves este hombre? (el Rey) » perderá su corona. » Ya se habia verificado la funesta prediccion ó conjetura, quando él dió su vida por la misma Religion, cuyos ultrages se habian de vengar con tantas desgracias.
Víctima harto voluntaria fué Mr. Galais, sulpiciano. En el extremo de una calle de la huerta, libre de los asesinos, estaba subido en un árbol, pronto ya á saltar por la tapia, quando

vió pasar á Mr. Bardet y al Obispo de Saintes, que se acogian á la Iglesia: avergüenzose de haber intentado separarse de la compañía de los Confesores, baxó y se unió á ellos para seguirlos á la iglesia, teniéndose por feliz en haber obedecido á la inspiracion que lo llamaba al martirio.

Tambien habia estado á punto de escapar Mr. Lefevre: lo habia puesto á su lado el comisario que lo protegía, quando uno de los asesinos le hizo algunas preguntas; y diciendo él que sobre ellas se explicaria, le replicó el asesino: nada de explicaciones, redondamente, y si no con los otros. Bien, dixo Mr. Lefevre, mejor quiero ir con ellos: salió al frente, y fué sacrificado como los demas.

De un mérito igualmente conocido fueron Mrs. le Franc y Bousquet, uno Superior de los Eudistes de Caen, autor de dos obras especialmente oportunas para dar á conocer las causas de la revolucion, baxo el titulo de *el velo corrido, y conjuracion contra la Religion católica y los Soberanos*, y el otro que prometia en su juventud ser uno de los hombres mas doctos en el derecho canónico. Lo mismo los tres hermanos Thorames, estimables por sus talentos, por la dulzura de su natural, y por lo edificativo de su zelo y piedad. Otros dos hermanos, Mrs. de Nativelle, Vicario el uno de Argenteuil, y el otro de Lonjumeau, que yendo ya á ser sacrificados, acudieron los vecinos de la calle de Bussy con el intento de librarlos, asegurando que jamas estos dos Eclesiásticos habian causado turbacion alguna, y que si ellos no eran de la religion constitucional, la misma constitucion les permitia seguir la que quisiesen; el comisario los oyó favorablemente, y los dió por libres; consintieronlo tambien los executores, y ya se iban los dos, quando se les dixo: un instante, Señores, es menester jurar *la libertad y la igualdad*. Ellos, que en toda la serie del suceso habian visto la confirmacion de los principios de la revolucion de su anarquía, horrores é injusticias, respondieron que mas bien moririan. Miraos bien en ello, dixo el comisario, entregándolos por algun tiempo á sus mediadores: éstos usaron de quanto les inspiró su cariño para persuadirlos; pero razones, ruegos, lágrimas, todo fué inútil. Los buenos Sacerdotes, persuadidos á que no era menos contra conciencia este

juramento, consumidor de la revolucion, se mantuvieron firmes, y los buenos ciudadanos que habian venido á librarlos, los vieron sacrificar como los demas.

En esta legion de Mártires perdieron los de San Sulpicio ocho de sus directores: los Benedictinos á Ambrosio Chevreux, su General, Luis Barreau y Massey: los Capuchinos al Padre Morel, suizo: la Sorbona á Mr. Hermés, cuyo zelo habia dado excelentes obras inteligibles á los mas simples fieles: la casa de Navarra á muchos de sus profesores, y Mr. Keraurum, su Provisor: los Doctrinarios á Mr. Felix, su Superior: los Franciscanos al Padre le Burté, su Guardian: en una palabra, pocas casas eclesiásticas carecen de la honra de contar algunos de sus miembros entre estos Mártires.

Los antiguos Jesuitas tenian tambien en el Cármen muchos de los venerables restos de su compañía. Fuera de Mr. Gagneres Desgranges, estaban entre ellos aquel Millou, á quien solo faltaba un poco de salud para ser el Bourdaloue de su tiempo; Friteyre-Durvey y Legué, dos de los mejores predicadores de Paris, Bonneau conocido por sus obras, y especialmente por su *memoria para leer en el consejo del Rey en 1787*, en la que hubiera podido el Monarca hallar trazada su suerte, Delfaut, Arcipreste de Sarlat, diputado de la primera asamblea nacional, cuyo único consuelo era haber salido su conciencia inmune de todo juramento: este hombre, media hora ántes de la entrada de los verdugos, habia enviado á decir á los que le sustentaban, que jamas se habia hallado mejor ni mas alegre. Estaban tambien los dos antiguos Jesuitas Rouseau y Villecroin, el primero director de las Señoras de la Visitacion, y el segundo de las Religiosas de Belle-Chasse, que viniendo de cumplimentar á un amigo que habia escapado de la pesquisa, fué cogido él y encerrado en el Carmen, donde murió con la misma constancia que los demas. La mayor parte de los otros eran ó Curas respetables, ó Tenientes y agregados á parroquias, ó Vicarios generales, que probaron en este dia ser dignos de derramar su sangre por Jesuchristo, y de la confianza que habian hecho de ellos sus Obispos.

En medio de tantos Sacerdotes habia desde el principio

un seglar, cuya fe y deseo del martirio era digno de los primeros fieles. Llamabase Mr. Regis de Valfons, oficial antiguo del régimien- to de Champagne. Este fervoroso christiano, quando vió llevar preso á su confesor Mr. Guillemenet, corrió á encerrarse con él: allí exercitado en continua oracion y exercicios de caridad, no siendo inferior á los Sacerdotes en el desprecio de la vida, al oír llamar á su director para el martirio, se levanto, se puso á su lado, y saliendo á paso igual con él, como acostumbra- ba en las horas de paseo, rezando el uno en su breviario, y leyendo el otro en la Escritura, recibieron el golpe, que les abrió á un mismo tiempo las puertas de la gloria.

Así acabaron quantos entrando en la iglesia al tiempo de la primera matanza, hallaron lugar en el presbiterio. Luego que este sitio no ofrecia ya mas víctimas, se vino á las que se habian colocado en el coro: entró primero á contarlas uno de los verdugos, como para respirar un poco, y repastarse con la vista de las que le quedaban, matando con los ojos aquellos instantes que cesaba de hacerlo con las manos, y viéndolos arrodillados, les dixo: „ orad, sí, orad, que no escapais ninguno. „ Fué luego llamado Mr. Gallais, aquel que estando ya para salvar la tapia, no pudo resolverse á huir la ocasion del martirio. Hacia dos dias que lo habian hecho economo de todos los compañeros, y no habia pagado aún el gasto: saliendo, pues, á morir, se llegó al comisario, y le dixo: „ no he tenido coyuntura „ de ver al hostelero, á quien se le deben estas trescientas vein- „ te y cinco libras, que tengo el honor de presentaros, creyen- „ do no poder confiar este pago á manos mas seguras. Por lo „ que hace á este reloj y cartera con billetes, mi familia no los „ necesita y vive muy distante: suplicoos, pues, que se expen- „ dan en limosnas. „ Dixo, y fué á morir. Otros Sacerdotes encomendaron á otras manos diversos efectos para sus familias, cuyas comisiones no se vieron cumplidas.

Fueron así llamando á otros, y de los últimos fué el Obispo de Saintes, á quien parecia haberlo reservado la Provi- dencia para que no entrase en el cielo sino un instante antes que su hermano, cuya union era justamente la que celebra la Iglesia de verdadera hermandad, que no fué violada con discor-

dia alguna, y tuvieron la gloria de derramar junta su sangre, para entrar á un mismo tiempo en los palacios celestiales; por- que inmediatamente despues de executado el martirio de éste, entraron en la iglesia los verdugos gritando: ¿donde está Fran- cisco de la Rochefoucault Obispo de Beauvais? A esta voz los na- cionales que estaban por delante de él en fila, no respondieron; pero se abrieron para descubrir la cama donde estaba: lléganse á él los verdugos, y les dice: „ yo no rehuso morir como los de- „ mas; pero bien veis que no puedo andar solo: hacedme la „ caridad de ayudarme á ir adonde me querais llevar. „ Lo sos- tuvieron por los brazos, y lo ayudaron á ir como arrastrando al sitio, en donde fué casi el último que sacrificaron.

Habia durado la execucion casi tres horas, y los ciuda- danos de Paris, llenos de consternacion, no habian hecho la mí- nima diligencia para impedir la. El comisario de Luxemburgo pareció haber recibido orden para presidirla, mas bien que para oponerse á ella, y la asamblea no se habia dignado atender á los avisos que le llegaban de lo que estaba sucediendo. El popu- lacho, que gusta siempre de estos espectáculos, habia acudido, mas bien á la Abadía, donde á la misma hora tenia la constitucion sus desgraciadas víctimas, como en el Cármen la Religion sus dichosos mártires; y así la gente que habia á la puerta esperan- do que se abriese, no era mucha, y esa la hez del pueblo; por- que á la gente mas honrada no dexaba de ocuparla algun hor- ror la muerte de los Sacerdotes, cuya causa era bien notoria. Al punto que se abrió se arrojó la turba á despojar é insultar á los cadáveres, y regocijarse con la vista de la sangre. De los verdu- gos fueron unos celebrando su atroz triunfo, blandiendo los aceros teñidos en sangre, como las manos y ropa, y cantando la horrible *carmaniola* por las calles del barrio de Luxemburgo; los otros se entraron en la iglesia, donde mezclados con los guardias, pasaron el resto de la noche en cantar y beber á la salud de la atroz jornada. En medio de esto oyen un ruido jun- to á un armario embutido en la pared, y ven asomar un hom- bre teñido en sangre: era Mr. Lostande, que despues de haber recibido algunos sablazos en la primera furia de la muerte, apro- vecchándose de la confusion, habia entrado en la iglesia de los

primeros, y se refugió en aquel hueco: al verlo gritan: otro, otro, muera tambien: van hacia él con los sables, y él les dice: « Señores, en vuestras manos está mi vida, sé lo que vais á hacer; pero mas que el temor de vuestros aceros me atormenta una sed cruel, á que no puedo resistir: dadme un poco de agua, ó quitadme la vida prontamente. » Comienzan á ablandarse á estas palabras, quando les llama la atención uno de ellos, que grita: aquí hay otro: era Mr. Dubray, Sacerdote de San Sulpicio, que se habia ocultado entre dos camas, y no pudo ménos de hacer un movimiento: sacanlo de allí, lo llevan arrastrando al altar, y allí le cortan la cabeza. Mr. Lostande lo ve, y saliendo de su sitio, va como puede hacia ellos, pídeles de nuevo agua ó la muerte, y en esto cae desmayado delante de ellos. No pudieron entonces resistirse, traxéronse la, y vuelto algo en sí, lo llevaron á la sesion, donde queriendo detenerlo los bárbaros oficiales baxo el pretexto de que era menester juzgarlo, y no se le entendia lo que hablaba, dixo uno de los que le conducian: mas del caso es socorrer que juzgar á este Sacerdote, que está para espirar, y lo llevó de la sesion al hospital. *

A pesar de todo, entre los mayores enemigos de los Sacerdotes que no querian jurar, habia algunos que reprobaban estas execuciones, y se aplicaron á libertar á algunos por quienes se interesaban. Uno era Mr. el abate de Grandmaison, que aunque sacerdote juramentado, y conocido por su zelo constitucional, subió á la tribuna de la sesion el dia ántes, y pidió la vida de un amigo; hecho que manifiesta que la tal matanza no fué una súbita escandecencia de los bandidos, sino resolucion tomada y concertada muy de espacio: por patético que fuese su discurso, no se dignaron los sesionarios siquiera de atenderlo; pero lo atendió un guardia nacional, que tomadas de él las señas, habiéndose introducido el dia siguiente con la guardia, lo reconoció, y entre aquella confusion lo armó de soldado y lo

* Los Sacerdotes que escaparon de esta matanza y llegaron á Londres, no estuvieron presentes á este último hecho, por lo que no los puedo citar como testigos; mas lo he sabido por el abate Gauthier, Vicario general del Obispo de Clermont, á quien se lo comunicó el abate de Tillé.

paso de centinela en uno de los patios, y estando ya al fin de la matanza, ántes que hicieran la última pesquisa, lo sacó consigo. Caminando ya para el martirio Mr. de l' Epine, uno de los venerables ancianos de San Francisco de Sales, compadecido á su aspecto el mismo guardia que lo acompañaba, lo detuvo en un rincon, le quitó la sotana, y como si fuese un hombre seglar, lo puso al lado del comisario, el qual cansado ya de tanto destrozo, se prestaba á estos actos de conmiseracion, y dexaba estar allí á los que hallaban medio de interesar á los guardias; pero ninguno prometió para éllo hacer el juramento. Uno de los mismos guardias lo habia prevenido en favor de Mr. Bardet, el qual saliendo para el sacrificio, se detuvo delante del mismo comisario, y dixo, que él no rehusaba morir; pero que queria saber porqué delito: sin esperar á mas, lo asió el mismo comisario de un brazo y se lo puso al lado, donde estaban ya Mrs. Dutillet, Chariot, Bertelet y Forestier.

Algunos otros hallaron medio de esconderse; los quales todos fueron llevados á la sesion, donde sufrieron muchos interrogatorios, y pasaron mil peligros, oyendo muchas veces al populacho pedir que se les entregasen, y particularmente á uno de los verdugos, que entró á quejarse de la parte que se le negaba del expolio de los Sacerdotes, diciendo tambien, *que era cosa corta veinte y quatro reales por el trabajo de este dia, y que por tantos como habia muerto merecia siquiera un par de calzones mas.* Oyendo los Sacerdotes este discurso, temian que para hacerle callar diesen en el pensamiento de sacarlos á fuera para manifestarle los que se le habian escapado, ó mas bien estaban pesarosos de haber sobrevivido á sus hermanos. En fin, despues de haber pasado la noche en amarguras, vieron parecer por la mañana comisarios para examinarlos, de los quales, dándoles unos el parabien, y confesando haber muerto sin causa los demas, otros por el contrario, manifestaron mucha repugnancia en darles libertad, y mas que á todos á Mr. Bardet, Cura de la Ferté-Aleps, que obligado á dexar su parroquia, se habia acomodado á educar al jóven de la casa de Mallet: preguntósele sobre la conducta que habia observado en orden á la religion constitucional; si se habia presentado al cura constitucional ántes de decir misa,

si habia llevado á su alumno á las visperas de los constitucionales; y porque no habia hecho lo uno ni lo otro, faltó poco para ser entregado á los verdugos por estos pretendidos delitos: los demas Sacerdotes fueron detenidos ménos tiempo, pues la qualidad de Cura era un grande obstáculo para poner en libertad; sin embargo, vencido todo, iban ya á declararlo libre, quando se atravesó un Sacerdote constitucional diciendo, que los que no habian hecho el juramento eran todos *vámpiros*, y si se le dexaba á éste, no dexaria de dar á su discípulo lecciones contrarias á la revolucion. Tal era la estupidez de este apóstata y de los que le oían, que no advertian que la libertad que solicitaban estos reos era para ser deportados fuera del Reyno. En fin, salieron todos libres á fuerza de muchos ruegos.

El que se evadió de un modo mas raro fué Mr. de la Pannonie. Ya dixé que despues de la muerte del Arzobispo de Arles, se retiró con los demas á la capilla de la huerta. Allí arrodillado con los demas, viéndolos caer, y no pudiendo sufrir la vista de tanto estrago, se levantó, y en este movimiento la bala que iba dirigida á él, pasó, y dió al Obispo de Beauvais. Entró con los demas en la iglesia, y aquí comienza la relacion que no ha podido negarse á hacer él mismo. » Despues de haber oido á los verdugos *estais contados, y vais á morir todos*, hice una breve oracion, y me determiné á ir á morir lleno de confianza en Dios: me anticipaba para no ver la muerte de mis hermanos, quando al pasar por la capilla de la Virgen me dixo un guardia á quien no conozco: *salvaos, amigo, salvaos: creí deber aprovecharme del medio de conservar la vida que me ofrecia aquel hombre compasivo, y gané el corredor que sale á la puerta chica del claustro: allí me asaltó una lluvia de bayonetas, de las que me clavañon nueve: me defendí como maquinalmente apartándolas con la mano, y no pudiendo ellos jugarlas tampoco por la estrechura, viendo que nada adelantaban, me dexaron, y entonces determiné tomar otra salida que iba á dar á la huerta: allí me acoge otro guardia, que queriendo librarme, dice á los compañeros que yo habia sido absuelto, pues que me dexaban salir, y haciendo la misma representacion al comandante de los marseleses, respondió éste con un ayre severo: pou-*

á ese hombre en el hueco de una de esas puertas, y se verá despues: mi guardia bienhechor se apresuró á cumplir esta orden; y se me puso delante: intentaron sacarme algunos de los verdugos, y él fingiendo estar de centinela en aquel puesto, tendió el arma diciendo: por aquí no se pasa. Entretanto me estaba yo desangrando, particularmente por la herida del brazo, donde me habian abierto una vena: él me socorria como podia en párrage tan crítico, y preguntándole yo si esperaba librarme, dixo: si no lo esperara no estaria en este puesto viendo tal carniceria, que no puede ya sufrir mi corazon: le rogué, pues, que aceptase unos asignados de hasta seiscientas libras, diciéndole que esta suma no me haria pobre si escapaba, y si no, siempre estaria mejor empleada en él; pero absolutamente se negó á recibir otra paga que el gozo de haberme conservado la vida: apurábanseme las fuerzas, y él se afligia suspirando por el fin de aquella horrible tragedia. Al cabo llegó, abrióse la puerta al populacho, y él entonces me sugirió que atravesase por aquel bullicio, harto ocupado del ansia de despojar á los cadáveres para poner la atencion en mí: hícelo así encomendándome á la Providencia, que ciertamente cuidó de mí, porque distando mas de veinte minutos de camino la casa adonde fui á refugiarme, y estando todavía algo claro, nadie me echó de ver, ni reparó en el rastro de sangre que iba dexando. En fin, despues de haber atravesado muchas calles, y oido en ellas encontrados afectos de dolor y de alegría, llegué á la casa de la familia que no puedo nombrar, pero tampoco olvidar, á la que debo mi curacion y el hallarme en Lóndres, donde no he encontrado otra cosa que motivos de agradecimiento, particularmente en un Sacerdote inglés, que viéndome con la ropilla atravesada de las bayonetas, me la pidió con el pretexto de querer conservar por curiosidad un monumento de lo ocurrido en el Cármen el dos de Septiembre, y no pudiendo negársela, me hallé en su lugar con un vestido nuevo completo.

Generalmente hablando, es cosa demasiado triste para un historiador y para sus lectores pasar de un espectáculo sangriento á otro mas sangriento; pero no es así quando la sangre que se derrama es en defensa de la Religion: bien puede in-

dignarse el filósofo, y horrorizarse el ciudadano; pero el cristiano no puede ménos de llenarse de gozo y de admiracion. Tantos hombres á la vista de los verdugos no necesitan mas que decir una palabra para salvar su vida, ser restituidos á la libertad, y gozar las aclamaciones del pueblo; sin embargo, ninguno balancea, ninguno pregunta si es tiempo aún de hacer el juramento, todos van á morir por la verdad llenos de seguridad; y sin inquietud alguna por su suerte: luego hay otra vida mejor para aquellos que se unen indivisiblemente al Dios de la verdad: luego es poderosísimo este Dios de verdad, que con sola la emanacion de un pensamiento en que la descubre al hombre, lo hace superior é invencible á todos los tiranos y á todos los tormentos: luego el instante en que cae muerta la víctima, no es el instante del triunfo de Pethion, Marat ni Robespierre, sino de su derrota vergonzosa; porque lo que se ve en él es, que han podido asesinar á muchos Sacerdotes, mas no han podido hacer ni un solo apóstata. Cayeron sus cuerpos; pero sus almas fueron recibidas y presentadas por los Angeles á el Señor que triunfaba en ellas, el qual no puede ver llegar de la tierra á su reyno cosa mejor ni mas noble que un hombre que ha sabido dar la vida por él. Voy, pues, en esta inteligencia á escribir nuevas matanzas, y el lector puede seguirme á la Abadía, á San Fermin, á la Force y á la Plaza Delfina, pues lo que intento noticiarle y transmitir á la posteridad no es la historia de los bandidos, sino la batalla y victoria de los Mártires.

Sea la que fuere la causa que habia amontonado en la Abadía un prodigioso número de presos, con los realistas y constitucionales que Danton y Manuel hacian degollar allí en el mismo dia dos de Septiembre, se hallaron mezcladas otras víctimas, cuya muerte fué el triunfo de la verdad sobre el error, de la conciencia sobre el perjurio, del Sacerdocio sobre el impio enemigo de los altares, y ellas fueron las primeras que abrieron la escena en el patio de la Abadía de los Benedictinos. Fiados algunos de estos Sacerdotes en los decretos de exportacion y pasaportes recibidos en la sesion y municipalidad, en cumplimiento de la ley de su destierro, é ignorantes de los intentos de los municipales, se presentaron á las puertas de la villa solicitando

do su salida; pero viendo que no se les concede, presentan á los guardias sus pasaportes, y por ellos ven son Sacerdotes no juramentados; y estos mismos pasaportes, que debian ser su indemnizacion, fueron la sentencia de su muerte. Son llevados á las casas consistoriales, y de allí los conduxo un munícipe á la Abadía al mismo tiempo que se juntaba en ella el pueblo y los verdugos: dexólos en manos de ellos, mientras él, aplaudiéndose de su pérfida diligencia, iba á dar cuenta: cercólos el populacho, y aprehendiendo que queria escaparse uno, arremetió á él, y en medio de las protestas de que no habia tenido tal intento, allí mismo á golpes le quitó la vida. Estos, y los demas que estaban encerrados en una sala, supieron luego al punto el objeto de su prision y la causa de su muerte: ni fué largo su proceso, porque llegada despues la hora, conforme eran presentados al tribunal erigido allí por los bandidos, decia el que los conducia: un Sacerdote no juramentado, y respondia el juez: á la muerte, y al punto era executada. Los diez y seis Sacerdotes detenidos en las puertas de Paris, juntos con otros quince enviados del comité de Surveillance á la Abadía, fueron sacrificados en el patio. Al mismo tiempo que estos últimos llegaron Mrs. Martin y Fontaine, Sacerdotes de las parroquias de Santiago y de los Santos Inocentes, los quales fueron sorprendidos comiendo, y estando en su compañía el abate Le Danois, á quien convaleciente de una grave enfermedad habian traído consigo, todos tres fueron llevados desde la mesa á el lugar del martirio, levantándose de ella para ir á sentarse en la del Reyno de Dios.

Por providencia particular de su divina Magestad fueron llevados á la sala donde por orden de Manuel y Danton estaban las víctimas del honor, de la antigua monarquía, y de la primera rebelion y constitucion, primero destruida que establecida, dos Sacerdotes célebres y respetados en todo Paris, uno Mr. Chapt de Rastignac, digno Vicario general del Arzobispo de Arles, doctor de la Sorbona, ya octogenario, el qual en el tiempo de la revolucion habia publicado una disertacion sobre la propiedad de los bienes eclesiásticos, un volumen, cuyo título era *Conformidad de la revelacion y de la razon contra el divorcio*, y una traduccion de la carta sinodal de Nicolas, Patriarca